

gues la frente. ¿Crees que le guardo rencor? No, hijo mío: adoro, por el contrario, su moral, que le ha aconsejado dejarte libre, y así me ha permitido conquistarte y mirarte siempre. Porque tú eres mío para siempre, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Para siempre?

—Sí.

—¿Me concedes una gracia, sultán? ¡Sólo yo he adivinado lo que valías! Dices que esa mujer sabe cultivar las tierras; yo dejo esa ciencia á los colonos y quiero mejor cultivar tu corazón.

Trato de acomodarme á aquel lenguaje embriagador, á fin de pintarte bien esta mujer, justificar lo que te he dicho y darte á conocer todo el secreto del desvelo. Pero ¿cómo describirte el acompañamiento de tan hermosas frases? Locuras comparables á las más estupendas fantasías de nuestros sueños; creaciones semejantes á las erupciones volcánicas del sensualismo; las gradaciones más sabias de la música aplicadas al concierto de nuestros placeres; juegos parecidos á los de las serpientes entrelazadas; en fin, los más tiernos discursos adornados de las más rientes ideas, y toda la poesía que el talento puede añadir al goce de los sentidos. Arabella quería aniquilar con los rayos de su amor impetuoso las impresiones que había dejado en mi corazón el alma casta y recogida de Enriqueta. La marquesa había visto á la señora de Mortsauf tan bien como ésta la vió á ella, y las dos se habían juzgado bien, pues la grandeza del ataque de Arabella me reveló la extensión de su miedo y la secreta admiración

que sentía por su rival. No durmió en toda la noche y por la mañana la encontré con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—Tengo miedo de que mi extremado amor me perjudique—me respondió.—Todo te lo he dado, y más nuestra que yo, esa mujer posee algo que aún te puede dar. Si la prefieres, no pienses en mí; no te enojaré con mis dolores, con mis remordimientos, con mis penas; no, iré á morir lejos de ti, como una planta sin su sol vivificador.

Supo arrancarme protestas de amor que la colmaron de alegría. ¿Qué decir, en efecto, á una mujer que llora por la mañana? Una dureza parece entonces infame. Si la víspera no la hemos resistido, al día siguiente nos vemos obligados á mentir, porque el código humano, en galantería, hace de la mentira un deber.

—Pues bien, ya soy feliz—dijo enjugando sus lágrimas;—vuelve á su lado; no quiero deberte á la fuerza de mi amor, sino á tu propia voluntad. Si vuelves, creeré que me amas tanto como te amo, lo que siempre me ha parecido imposible.

Y supo persuadirme de que volviese á Clochegourde. Lo falso de la situación en que iba á encontrarme no podía ser adivinado por un hombre embriagado de placeres. Rehusando ir á Clochegourde daba ventajas á lady Dudley sobre Enriqueta, y esto me llevaba á París; pero ir, ¿no era insultar á la condesa? En este caso debía volver con más seguridad al lado de Arabella. Jamás una mujer ha perdonado semejantes crímenes de ese amor. Á menos de ser un ángel bajado del cielo y



no el espíritu purificado que vuelve á él, una mujer amante prefiere ver al que ama sufriendo una agonía horrible, á verle feliz por el amor de otra; cuanto más ama, más herida se siente. Vista, pues, desde estos dos puntos mi situación, una vez fuera de Clochegourde para ir á la Grenadiere, era tan mortal para mis amores de elección como provechosa á mis amores de casualidad. La marquesa lo había calculado todo, y más tarde me confesó que, si la señora de Mortsauf no la hubiera encontrado en las landas, estaba resuelta á comprometerme rondando en torno de Clochegourde.

Encontré á la condesa pálida, abatida, como una persona que ha sufrido un gran insomnio; y en seguida, como un niño que, cogiendo flores, ha bajado al fondo de un abismo y luego ve con angustia que le es imposible subir, comprendí que estábamos separados por todo un mundo. Hubo entonces en nuestras almas como un eco del lúgubre *Consummatum est!* que retumba en los templos el viernes Santo á la hora en que el Salvador expira; horrible escena que hiela las almas jóvenes para quienes la religión es un primer amor. Todas las ilusiones de Enriqueta habían muerto de un solo golpe; su corazón había sufrido su pasión. Ella, tan respetada por el placer, que jamás la había enlazado en sus pliegues embriagadores, adivinaba ahora las voluptuosidades del amor feliz para rehusarme así sus miradas. Porque ella me retiró la luz que desde hacía seis años brillaba en mi vida. ¿Sabía, pues, que la fuente de los rayos que brotaban de nuestros ojos estaba en nuestras almas, á las cuales servían de camino para penetrar una en otra ó para confundirse en una sola, separarse y

acariciarse como dos tiernas amigas? Sentía amargamente la vergüenza de llevar bajo aquel techo desconocido á los placeres un rostro en el que las alas del sensualismo habían sembrado su polvo diáfano. Si la rispera hubiese dejado que lady Dudley se marchase sola, si hubiera vuelto á Clochegourde, donde tal vez Enriqueta me esperaba, puede ser que la señora de Mortsauf no se hubiese propuesto tan cruelmente ser mi hermana. Durante el almuerzo tuvo para mí mil atenciones humillantes, y me cuidó como á un enfermo de quien tuviera compasión.

—Muy temprano ha salido usted á paseo—me dijo el conde;—debe usted tener un excelente apetito, usted cuyo estómago no está destruído.

Esta frase, que ni siquiera hizo plegar con una sonrisa los labios de la condesa, acabó de probarme lo ridículo de mi posición. Era imposible permanecer en Clochegourde por el día y por la noche en Saint Cyr. Arabella lo había comprendido así, contando con mi delicadeza y la grandeza de la señora de Mortsauf.

Durante aquel largo día conocí cuán difícil es transformarse en amigo íntimo de una mujer mucho tiempo deseada: esta transición, tan sencilla cuando la preparan los años, es una enfermedad en la juventud. Estaba avergonzado, maldecía el placer, y hubiera querido que la señora de Mortsauf me pidiese mi sangre. Yo no podía hacer pedazos á su rival, la condesa evitaba hablar de ella, y murmurar de Arabella, calumniándola, era una infamia que sólo me hubiera valido el desprecio de Enriqueta, magnífica y noble hasta los últimos pliegues de su corazón. Después de cinco años de de-



liciosa intimidad, no sabíamos de qué hablar; nuestras palabras no respondían á nuestros pensamientos y mutuamente nos ocultábamos devorantes temores, cuando el dolor había sido siempre para nosotros un fiel intérprete. Enriqueta afectaba un aire feliz, tanto para ella como para mí; pero estaba triste y aun se decía con todo intento mi hermana, no encontrábamos ninguna idea para sostener la conversación, y permanecíamos la mayor parte del tiempo en un silencio forzoso. Á veces aumentaba mi suplicio interior fingiendo creerse la víctima de aquella lady.

—Sufro más, mucho más que usted—le dije en un momento en que la hermana dejó escapar una ironía de mujer.

—¿Cómo?—respondió con ese tono de altivez que toman las mujeres cuando se quiere sobrepularlas.

—Porque tengo toda la culpa.

Hubo un momento en que la condesa tomó un aire frío é indiferente que me hirió, y resolví marcharme. Por la tarde, en la terraza, me despedí de toda la familia reunida, que me siguió hasta el pie de la gradiería, donde piafaba mi caballo. Enriqueta se acercó á mí cuando cogía la brida.

—Vayamos solos un rato á pie, por la avenida—me dijo.

Le di el brazo, y caminando lentamente á través de los cercados, como si saboreásemos nuestros movimientos confundidos, alcanzamos un bosquecillo que envolvía una esquina del cercado exterior. Enriqueta se detuvo, me echó los brazos al cuello, dejó caer la cabeza sobre mi pecho, y dijo:

—¡Adiós, amigo mío, adiós! ¡ya no nos veremos más! ¡Dios me ha dado el triste poder de sondar lo porvenir! ¿No recuerda usted el terror que me sobrecogió un día cuando venía usted tan hermoso, tan joven, y le vi volviéndome la espalda, como hoy sale de Clochegourde para ir á la Grenadiere? Pues bien; esta noche he sonado otra vez nuestros destinos... y, amigo mío, nos hablamos en este momento por vez postrera. Apenas podré aún decirle algunas palabras, y no seré yo toda entera la que le hable; la muerte ha herido ya algo en mí. Entonces habrá usted arrebatado la madre á sus hijos... reemplácela, pues, á su lado! Podrá usted hacerlo: Santiago y Magdalena le aman como si siempre les hubiera hecho sufrir.

—¡Morir!—dije mirándola asustado y contemplando el fuego de sus ojos lucientes, de los cuales no puedo dar una idea á los que no han visto seres queridos atacados de aquella horrible enfermedad, sino comparándolos á globos de plata bruñida—¡morir, Enriqueta! Yo te mando vivir... En otro tiempo me has pedido juramentos; pues bien, yo te exijo uno: júrame consultar á Origet y obedecerle en todo.

—¿Quiere usted, pues, oponerse á la clemencia de Dios? —exclamó interrumpiéndome con el grito de la desesperación indignada de un ser no comprendido.

—¿No me ama usted lo bastante para obedecerme ciegamente en todo como esa miserable lady?

—¡Sí, todo lo que tú quieras!—dijo impulsada por unos celos que en un momento le hicieron franquear las distancias que hasta entonces había respetado.

—¡Me quedo!—le dije besándola en los ojos.



Asustada de aquel consentimiento, se escapó de mis brazos y fué á apoyarse en el tronco de un árbol; luego se dirigió precipitadamente á su casa sin volver la cabeza una sola vez; pero yo la seguí y la oí rezar y llorar. Al pie de la escalinata le cogí la mano y se la besé respetuosamente; aquella sumisión inesperada la conmovió.

—¡Tuyo para siempre!—le dije—te amo como te amaba tu tía.

Enriqueta se estremeció apretándome violentamente la mano.

—¡Una mirada!—repuse—¡una de nuestras antiguas miradas!

Y sintiendo mi alma inundada por la luz de sus ojos, añadí:

—La mujer que se da por completo da menos vida y menos alma que la que acabo de recibirl! Enriqueta, tú eres la más amada, la sola amada.

—Viviré—me dijo,—pero cúrese usted.

Aquella mirada había borrado la impresión de los sarcasmos de Arabella. Yo era, pues, el juguete de las dos pasiones inconciliables que te he descrito, y cuya influencia experimentaba alternativamente. Amaba á un ángel y á un demonio: dos mujeres igualmente bellas, adornada la una de todas las virtudes que maltratamos en odio á nuestras imperfecciones, y la otra de todos los vicios que deificamos por egoísmo. Recorriendo aquella avenida, desde la cual me volvía de cuando en cuando para ver á la señora de Mortsauf apoyada contra un árbol y rodeada de sus hijos, que agitaban sus pañuelos, sorprendí en mi alma el orgullo de ser la gloria,

con títulos bien distintos, de dos mujeres tan superiores, de haber inspirado tan grandes pasiones. que de un lado y de otro sobrevendría la muerte si yo les faltaba. Aquella fatuidad pasajera fué doblemente castigada. No sé qué demonio me aconsejaba esperar al lado de Arabella el momento en que la desesperación ó la muerte del conde me entregasen á Enriqueta, pues Enriqueta me amaba siempre: sus durezas, sus lágrimas, sus remordimientos, su cristiana resignación, eran elocuentes muestras de un sentimiento que no podía borrar de su corazón ni del mío. Al hacer estas observaciones caminando lentamente por aquella hermosa avenida, yo no tenía veinticinco años, sino cincuenta. Aunque arrojé de mí aquellos malos pensamientos, debo confesar que me dominaron. ¡Tal vez su principio se encontraba en las Tullerías, bajo los tapices del gabinete real! ¿Quién podía resistir el ingenio desflorador de Luis XVIII, que decía que no hay verdaderas pasiones sino en la edad madura, porque la pasión no es bella é impetuosa sino cuando se mezcla á ella algo de impotencia, pues se entrega entonces á cada placer como un jugador á su última partida? Cuando estuve al final de la avenida, me volví y vi á Enriqueta todavía sola en la terraza, y le dirigí el último adiós, mojado en lágrimas de expiación, cuya causa se le ocultó. Lágrimas sinceras concedidas sin saberlo á aquellas emociones virginales, á aquellas flores de la vida que jamás renacen, pues más tarde el hombre no da, sino que recibe, y se ama á sí mismo en su querida, en tanto que en la juventud ama en sí á su querida; más tarde inoculamos nuestros gustos y tal vez nuestros vicios á la mujer que amamos, en



tanto que al principio de la vida lo que nos ama nos impone sus virtudes y sus delicadezas, nos conduce á lo bello con una sonrisa y nos enseña el sacrificio con su ejemplo. ¡Desgraciado el que no ha tenido su Enriqueta! ¡Desgraciado el que no ha conocido alguna lady Dudley! Si se casa, no conservará su mujer y será tal vez engañado por su querida; pero feliz el que puede encontrar las dos en una sola; feliz, Natalia, el hombre á quien tú amés.

De vuelta á París, Arabella y yo nos ligamos más íntimamente aun, y bien pronto abolimos insensiblemente las leyes de conveniencia social que yo me había impuesto y cuya observación hacía que el mundo perdonase frecuentemente lo falso de la situación en que se había colocado lady Dudley. La sociedad, que tanto se complace en penetrar más allá de las apariencias, las legítimas desde que conoce el secreto que ocultan. Los amantes obligados á vivir en el gran mundo harán siempre mal en derribar esas barreras, exigidas por la jurisprudencia de los salones, y en no obedecer escrupulosamente á las convenciones impuestas por las costumbres, porque no se trata tanto de los demás como de ellos mismos. Las distancias que hay que franquear, el respeto exterior que hay que conservar, las medidas que hay que representar, el misterio á que hay que recurrir, toda esa estrategia del amor feliz ocupa la vida, renueva el deseo y protege nuestro corazón contra el hastío de la costumbre; porque, las primeras pasiones, esencialmente derrochadoras, como el hombre en la juventud, desbastan completamente sus bosques en vez de contentarse con aclararlos. Arabella no adoptaba estas

ideas burguesas, subyugándose á ellas sólo por complacerme, y, semejante al verdugo que de antemano marca su presa para apropiársela, quería comprometerme á la faz de todo París para hacer de mí su *esposo*. Empleó, pues, sus coqueterías en conservarme á su lado, pues no estaba aún satisfecha de su elegante escándalo, que, falto de pruebas, sólo daba lugar á murmuraciones bajo el abanico; y viéndola tan feliz al cometer una imprudencia que dibujara francamente su posición, ¿cómo no había de creer en su amor? Una vez sumergido en las dulzuras de un maridaje ilícito, la desesperación me dominó, pues veía mi existencia fijada completamente al contrario de las ideas que había recibido y de las recomendaciones de Enriqueta. Viví con esa especie de rabia que domina á los tísicos cuando, presintiendo su fin, no quieren que se interroge á su respiración. Había en el fondo de mi corazón un lugar adonde no podía retirarme sin sufrimiento, y un espíritu vengador me inspiraba incessantemente ideas en las cuales no me atrevía á fijarme. Mis cartas á Enriqueta pintaban esta enfermedad moral y le causaban un daño infinito. «En cambio de tantos tesoros perdidos, quiero, al menos, que sea usted feliz», me decía en la única respuesta que recibí. ¡Y yo no era feliz!... Querida Natalia, la felicidad es absoluta y no admite comparaciones. Pasado mi primer ardor, comparé, necesariamente, aquellas mujeres una con otra, contraste que aun no había podido estudiar. En efecto, las grandes pasiones pesan tan fuertemente sobre nuestro carácter, que rechazan las asperezas y borran las huellas de las costumbres que constituyen nuestros defectos ó nuestras cualidades; pero más tarde, entre dos



amantes bien acostumbrados el uno al otro, los rasgos de la fisonomía moral reaparecen: los dos se juzgan entonces mutuamente, y durante esta reacción del carácter sobre la pasión, decláranse con frecuencia antipatías que preparan esas desuniones de que se acusan las gentes superficiales para acusar de inestabilidad al corazón humano. Comenzó, pues, este período. Menos ciego por las seducciones, y detallando, por decirlo así, mi placer, emprendí, tal vez sin quererlo, un examen que perjudicó á lady Dudley.

Primeramente encontré de menos en ella el talento que distingue á la francesa entre todas las mujeres y la hace la más deliciosa para el amor, según confesión de las gentes á quienes los azares de la vida han puesto en el caso de experimentar los modos de amar de cada país. Cuando una francesa ama, se metamorfosea, emplea su coquetería tan alabada en adornar su amor, sacrifica su peligrosa vanidad y dirige todas sus pretensiones á amar y ser amada. Conoce los intereses, los odios y las amistades de su amante, adquiere en un día la sutil experiencia del hombre de negocios, estudia el Código y comprende el mecanismo del crédito. Aturdida y pródiga, no cometerá una sola falta ni malgastará un solo luis; es, á la vez, madre, ama de gobierno y médico, y da á todas sus transformaciones una gracia, una expresión de felicidad que hasta en los más ligeros detalles revela un amor infinito; reúne las cualidades especiales que recomiendan á las mujeres de cada país, dando á esta mezcla la unidad del talento y esa alegría esencialmente francesa que todo lo anima, todo lo permite, todo lo varía, todo lo justifica, y des-

truye la monotonía de un sentimiento apoyado en el primer tiempo de un solo verbo. La mujer francesa ama siempre, sin tregua ni fatiga, en todo momento, en público y á solas: en público encuentra un acento que no razona sino en un oído, habla con su mismo silencio y sabe mirar con los ojos bajos; y si la ocasión le veda la palabra y la mirada, empleará la arena, sobre la que imprime su pie para escribir en ella un pensamiento; sola, expresa su pasión aun durante su sueño, y, en fin, subyuga el mundo á su amor. Por el contrario, la inglesa subyuga su amor al mundo. Habituada por su educación á conservar esa actitud glacial, esa rigidez británica tan egoísta de que te he hablado antes, abre y cierra su corazón con la facilidad de una máquina inglesa; posee una máscara impenetrable que se pone y se quita flemáticamente, se siente apasionada como una italiana cuando nadie la ve, y se hace friamente digna cuando la ve el mundo. El hombre más amado duda entonces de su imperio viendo la profunda inmovilidad de su rostro, la calma de su voz, la perfecta libertad de continente que distingue á una inglesa que sale de su gabinete. En aquel momento, la hipocresía llega hasta la indiferencia; la inglesa todo lo ha olvidado; ciertamente la mujer que sabe arrojar su amor como un vestido, hace creer que puede cambiar. ¡Qué tempestades levantan las olas del corazón cuando son removidas por el amor propio herido, al ver una mujer tomando, dejando y volviendo á tomar el amor como un bordado de mano! Estas mujeres son demasiado dueñas de sí mismas para pertenecernos, y conceden demasiada influencia al mundo para que nuestro reinado sea com-



pleto. Allí donde la francesa consuela al paciente con una mirada y revela su cólera contra los importunos por medio de graciosas burlas, el silencio de las inglesas es absoluto, hiela el alma y turba el espíritu. Estas mujeres reinan tan constantemente en toda ocasión, que para la mayor parte de ellas la omnipotencia de la *fashion* debe extenderse hasta sus placeres. Quien exagera el pudor debe exagerar el amor; las inglesas son así: todo lo ciñen á la forma, sin que en ellas el amor de la forma produzca el sentimiento del arte. Digan lo que quieran, el protestantismo y el catolicismo explican las diferencias que dan al alma de las francesas tanta superioridad sobre el amor razonado y calculado de las inglesas; el protestantismo duda, examina y mata las creencias, y es, pues, la muerte del arte del amor. Donde el mundo manda, las gentes del mundo deben obedecer; pero los seres apasionados lo encuentran insoportable y huyen de él. Fácil es comprender cuán herido fué mi amor propio descubriendo que lady Dudley no podía sobreponerse al mundo y que la transición británica le era familiar: no era un sacrificio que el mundo le imponía, no, sino que se manifestaba naturalmente bajo dos formas enemigas la una de la otra. Cuando amaba, amaba con embriaguez; ninguna mujer de ningún país podía compararse á ella, y valía tanto como un serrallo; pero una vez tendido el telón ante aquella escena de magia, desterraba hasta su recuerdo. No respondía ni á una mirada ni á una sonrisa; no era querida esclava, sino una embajadora obligada á medir sus frases; impacientaba con su calma, ofendía el corazón con su tiesura, y así rebajaba el amor hasta el

trabajo, en vez de elevarlo hasta el ideal por el entusiasmo. No expresaba ni temor, ni sentimiento, ni deseos; pero á una hora dada su ternura estallaba como fuegos súbitamente encendidos y parecía insultar á sus reservas. ¿Á cual de aquellas dos mujeres debía creer? Como alfilerazos sentí las mil diferencias que separaban á Enriqueta de Arabella. Cuando la señora de Mortsauf se alejaba por un momento, parecía dejar al aire el cuidado de hablarme de ella; cuando se iba, los pliegues de su falda se dirigían á mis ojos, como su ruido onduloso llegaba alegremente á mi oído cuando volvía; había ternuras infinitas en su manera de bajar los ojos hacia el suelo; su voz, aquella voz musical, era una caricia continua; sus palabras atestiguaban un pensamiento constante; se parecía siempre á sí misma; no dividía su alma en dos atmósferas, la una ardiente y la otra helada; en fin, la señora de Mortsauf reservaba su talento y la flor de su inteligencia para expresar sus afectos, y era coqueta por las ideas con sus hijos y conmigo. El talento de Arabella, por el contrario, no le servía para hacer agradable la vida, no lo ejercía en mi beneficio y no existía sino por el mundo y para el mundo: era, pues, puramente burlona, y se complacía en desgranar, en morder, no para divertirse, sino para satisfacer un capricho. La señora de Mortsauf hubiera ocultado su felicidad á todo el mundo; lady Arabella quería mostrar la suya á todo París, y como una horrible burla, permanecía dentro de las conveniencias más estrictas, al mismo tiempo que me exhibía en el Bosque. Aquella extraña amalgama de ostentación y de dignidad, de frialdad y de amor, hería constantemente



mi alma, á la vez virgen y apasionada, y como yo no sabía pasar como ella, de una temperatura á otra, mi carácter se resentía, pues con frecuencia estaba palpitante de amor cuando ella recobraba su pudor convencional. Cuando me atreví á quejarme, no sin grandes miramientos, volvió contra mí su lengua de triple dardo, mezclando las fanfarronadas de su pasión con esas bromas inglesas que he tratado de describirte, y cuando se encontraba en contradicción conmigo, se complacía en lastimar mi corazón y humillar mi inteligencia, manejándome como á un necio. Á mis observaciones sobre el punto medio que se debe buscar en todo, respondía con la caricatura de mis ideas, que llevaba hasta el extremo; cuando le reprochaba su actitud, me preguntaba si quería que me besase delante de todo París en los Italianos, y se comprometía tan seriamente á hacerlo, que, conociendo su deseo de que hablasen de ella, temblaba de verla ejecutar su promesa. Á pesar de su pasión real, no sentía en ella nada de recogido, de santo, de profundo, como en Enriqueta; era insaciable como una tierra arenosa. La señora de Mortsauf estaba siempre confiada y sentía mi alma en un acento ó en una mirada, en tanto que la marquesa jamás se satisfacía con una sonrisa, ni con un apretón de manos, ni con una palabra dulce. Hay más: para ella la felicidad de la víspera no era nada al día siguiente; ninguna prueba de amor la sorprendía; experimentaba un deseo tan grande de agitación, de brillo, de ruido, que nada alcanzaba sin duda á su bello ideal en este punto, y de ahí sus furiosos arrebatos de amor; en su fantasía exagerada se trataba,

pues, de ella y no de mí. Aquella carta de la señora de Mortsauf, luz que brilla todavía en mi vida y que prueba de qué manera sabe la mujer más virtuosa obedecer al genio de la francesa, demostrando una perpetua vigilancia, un continuo cuidado de mi fortuna, aquella carta ha debido hacerte comprender con qué atención se ocupaba Enriqueta de mis intereses materiales, de mis relaciones políticas, de mis conquistas morales; con qué ardor abrazaba mi vida por todos los lados permitidos. Lady Dudley, por el contrario, afectaba sobre todos estos puntos la reserva de una persona simplemente conocida, y jamás se informó de mis negocios, de mi fortuna, de mis trabajos, de mis dificultades en la vida, de mis odios, ni de mis amistades. Pródiga para sí misma, sin ser generosa, separaba verdaderamente demasiado los intereses del amor, en tanto que, sin haberlo experimentado, sabía yo que, á fin de evitarme un disgusto, Enriqueta hubiera encontrado para mí lo que no habría buscado para ella. En una de esas desgracias que pueden sobrevenir al hombre más rico y más elevado, como lo demuestran repetidos ejemplos, yo hubiera consultado á Enriqueta, pero me hubiera dejado llevar á una prisión sin decir una palabra á lady Dudley.

Hasta aquí el contraste reposa en los sentimientos; pero lo mismo era en lo demás. El lujo es en Francia la expresión del hombre, la reproducción de sus ideas, de su poesía especial: pinta el carácter, y da entre los amantes precio á los menores cuidados, haciendo irracionar en torno nuestro el pensamiento dominante del ser humano; pero aquel lujo inglés, cuyos finos primores me



habían seducido, era mecánico también. Lady Dudley no poseía nada suyo; todo venía de los criados, y era, por consiguiente, comprado. Las mil cariñosas atenciones de Clochegourde eran, á los ojos de Arabella, negocio de los criados, cada uno de los cuales tenía su deber y su especialidad. Escoger lacayos era incumbencia del mayordomo, como si se tratase de caballos. Aquella mujer no se unía en manera alguna á sus criados; la muerte del más fiel de todos ellos no la hubiera afectado absolutamente, y á precio de dinero lo hubiera reemplazado con otro igualmente hábil. En cuanto al prójimo, jamás sorprendí en sus ojos una lágrima por las desgracias ajenas; tenía un egoísmo tan ingenuo que daba casi risa. Las vestiduras rojas de la gran dama cubrían, pues, una naturaleza de bronce; la deliciosa almea que se enroscaba por la noche sobre los tapices, que hacía sonar todos los cascabeles de su amorosa locura, reconciliaba muy pronto al joven con la inglesa insensible y dura, y así no pude descubrir sino lentamente y paso á paso aquel terreno en que perdía mis semillas y aun no debía darme frutos. La señora de Mortsauf había penetrado de una sola ojeada aquella naturaleza en su rápido encuentro, y muchas veces me acordé de sus proféticas palabras. Enriqueta había tenido razón en todo; el amor de Arabella se me hacía insoportable. Después he observado que la mayor parte de las mujeres que montan bien á caballo tienen poca ternura; como á las amazonas, les falta un pecho, y sus corazones están endurecidos en cierto sitio, aunque no sé cuál.

Quando empezaba á sentir la pesadez de aquel yugo, cuando mi cuerpo y mi alma fatigábanse ya, cuando com-

prendía bien toda la santidad que da al amor un sentimiento verdadero, cuando estaba abrumado por los recuerdos de Clochegourde, respirando, á pesar de la distancia, el perfume de sus flores, sintiendo el calor de la terraza, oyendo el canto de sus ruiseñores; en aquel momento terrible en que distinguía el pedregoso cauce bajo las aguas disminuídas, recibí un golpe que aun se hace sentir en mi vida, pues á cada hora, á cada momento encuentro un eco. Trabajaba una tarde en el gabinete del rey, que debía salir á las cuatro; el duque de Lenoncourt estaba de servicio. Al verle entrar, el rey le pidió noticias de la condesa; levanté bruscamente la cabeza de una manera demasiado significativa, y el rey, sorprendido de aquel movimiento, me dirigió una mirada, que precedía siempre á aquellas frases duras que tan bien sabía decir.

—¡Señor, mi pobre hija se muere!—respondió el duque.

—¿Se dignará el rey concederme una licencia?—dije con las lágrimas en los ojos desafiando la cólera pronta á estallar.

—Corra usted, *milord*—me respondió deseando lanzar un epigrama en cada palabra, y haciéndome merced de su reprimenda en gracia á su talento.

Más cortesano que padre, el duque no pidió licencia alguna y subió al carruaje del rey para acompañarle.

Partí sin despedirme de lady Dudley, que, afortunadamente, había salido, y le escribí diciéndole que iba en comisión del servicio del rey. En la Cruz de Berny encontré á Su Majestad, que volvía de Verrieres. Al mismo tiempo que aceptaba un ramo de flores, que dejó



caer á sus pies, el rey me echó una mirada llena de esas ironías reales de profundidad abrumadora y que parecía decirme:

—Si quieres ser algo en la política, vuelve; no te detengas en parlamentar con los muertos.

El duque me hizo con la mano una señal melancólica. Las dos pomposas carretelas, los coroneles dorados, la escolta y los torbellinos de polvo que levantaban, pasaron rápidamente á los gritos de: «¡Viva el rey!», y me pareció que la corte había hollado el cuerpo de la señora de Mortsauf con esa insensibilidad que la naturaleza tiene para nuestras catástrofes. El duque, por más que fuese un hombre excelente, iba sin duda á jugar al *whist* con el SEÑOR, después que el rey se acostase; en cuanto á la duquesa, ella, y sólo ella, había dado el golpe á su hija hablándole de lady Dudley.

Mi viaje fué rápido como un sueño, pero como un sueño de jugador arruinado: estaba desesperado por no haber recibido noticias. ¿Acaso el confesor había llevado su rigidez hasta prohibirme la entrada en Clochegourde? Acusé á Magdalena, á Santiago, al abate Dominis, á todos, hasta al señor de Mortsauf. Más allá de Tours, al desembocar en el puente de San Salvador para bajar por el camino bordado de álamos que tanto había admirado cuando corría en busca de mi desconocida y que conducía á Poncher, encontré al señor Origet. Adiviné que venía de Clochegourde y él adivinó que yo iba; detuvimos los carruajes y echamos pie á tierra, yo para pedirle noticias, él para dármelas.

—Y bien, ¿cómo está la señora de Mortsauf?—le pregunté.

—Dudo que la encuentre usted viva—me contestó;—muere de una horrible muerte, muere de inanición. Cuando me mandó llamar en junio último no había ya remedio que pudiese combatir el mal; tenía los síntomas que el señor de Mortsauf le habrá descrito sin duda, porque él creía experimentarlos. La señora condesa no estaba entonces bajo la influencia pasajera de una prostración debida á una lucha interior que la medicina dirige y que es luego la causa de un estado mejor, ni bajo el peso de una crisis empezada, cuyo desorden puede repararse; no, la enfermedad había llegado á un punto en que la ciencia era inútil: era el incurable resultado de un disgusto, como una herida mortal es la consecuencia de una puñalada. Esta afección es producida por la inercia de un órgano cuyo juego es tan necesario á la vida como el del corazón: el disgusto ha hecho el oficio del puñal. Desengañese usted; la señora de Mortsauf muere de alguna pena desconocida.

—¿Desconocida!—exclamé—¿acaso sus hijos no han estado enfermos?

—No—me dijo mirándome con aire significativo;—y desde que está seriamente enferma, el señor de Mortsauf tampoco la ha atormentado. Yo no soy ya útil, el señor Deslandes, de Azay, basta; no existe ningún remedio, y sus sufrimientos son horribles. Rica, joven, bella, y morir enflaquecida, envejecida por el hambre... ¡porque morirá de hambre! Hace cuarenta días que el estómago está como cerrado y rechaza todo alimento, sea cualquiera la forma en que se le presente.

El señor Origet me estrechó la mano que le tendí y que casi me había pedido con ademán de respeto.



—¡Valor, caballero!—dijo levantando los ojos al cielo.

Su frase expresaba compasión por una pena que creía igualmente correspondida, y no sospechaba que el dardo envenenado de sus palabras me había herido como una flecha en el corazón. Subí bruscamente al carruaje, prometiendo una buena propina al postillón si llegaba á tiempo.

Á pesar de mi impaciencia, creí haber hecho el camino en algunos minutos; tan absorto estaba por las amargas reflexiones que luchaban en mi alma. ¡Enriqueta moría de pena, y sus hijos estaban buenos! ¡Moría, pues, por mí! ¡Yo la mataba! Mi conciencia amenazadora pronunció entonces una de esas sentencias que retumban en la vida entera y algunas veces más allá. ¡Qué debilidad y qué impotencia en la justicia humana, que no venga sino los actos patentes! ¿Por qué la muerte y la vergüenza para el asesino que mata de un solo golpe, que nos sorprende generosamente en el sueño y nos hace dormir para siempre, ó que hiere de improviso ahorrándonos el dolor de la agonía? ¿Por qué la vida feliz y la estimación para el asesino que vierte gota á gota la hiel en el alma y mina el cuerpo para destruirlo? ¡Cuántos asesinatos impunes! ¡Qué complacencia para el vicio elegante! ¡Qué indiferencia para el homicidio causado por las persecuciones morales! He visto muchas de esas víctimas que te son tan conocidas como á mí. La señora de Beauseant marchando moribunda á Normandía pocos días antes de mi partida; la duquesa de Langeais comprometida; lady Brandón llegaba á Turana para morir en aquella humilde casa en que lady Dudley había vivido dos semanas, asesinada por una

horrible abnegación! Nuestra época es fértil en acontecimientos de este género. ¿Quién no ha conocido á aquella pobre joven que se envenenó, vencida por esos horribles celos que tal vez matan á la señora de Mortsauf? ¿Quién no se ha estremecido con la suerte de aquella deliciosa niña que, semejante á una flor picada por un gusano, pereció en dos años de matrimonio, víctima de su púdica ignorancia, víctima de un miserable á quien Ronquerolles, Montriveau y de Marsay dan la mano porque sirve á sus proyectos políticos? ¿Quién no se ha conmovido con los relatos de los últimos momentos de aquella joven á quien ningún ruego pudo vencer, y que jamás quiso ser de su marido, después de haber pagado noblemente sus deudas? ¿No se ha visto á la señora de Aiglemont muy cerca de la tumba, y hubiera muerto sin los cuidados de mi hermano? El mundo y la ciencia son cómplices en estos crímenes, para los cuales no hay tribunales de justicia. Parece que nadie muere de pena, ni de desesperación, ni de amor, ni de miserias ocultas, ni de esperanzas cultivadas sin fruto, incesantemente replantadas y desarraigadas. La nomenclatura moderna tiene palabras ingeniosas para expresarlo todo: la gastritis, la pericarditis, las mil enfermedades de la mujer cuyos nombres se dicen al oído, sirven de pasaporte á los ataúdes escoltados de lágrimas hipócritas, que son muy pronto enjugadas por la mano del notario. ¿Hay en el fondo de esta desgracia alguna ley que no conozcamos? ¿Debe implacablemente el hombre, para llegar á cien años, sembrar de cadáveres la tierra y disecarla en torno suyo para elevarse, del mismo modo que el millonario se asimila todos los esfuerzos de mil



pequeñas industrias? ¿Hay una vida fuerte y ponzoñosa que se alimenta de las criaturas dulces y tiernas? ¿Pertezco yo á esa raza de tigres? Los remordimientos me apretaban el corazón con sus dedos candentes, y abrasadoras lágrimas corrían por mis mejillas cuando entré en la avenida de Clochegourde, pisando las hojas caídas de los álamos cuya plantación había dirigido Enriqueta en la avenida donde en otro tiempo agitaba su pañuelo para llamarme. ¿Vivía? ¿Podría sentir sus manos blancas sobre mi cabeza prosternada? ¡En un momento pagué todos los placeres hallados en Arabella y los encontré muy caros! Juré no volverla á ver y concebí hacia Inglaterra un odio mortal. Aunque lady Dudley sea solamente una variedad de la especie, yo envolví á todas las inglesas en los crespones de mi sentencia.

Al entrar en Clochegourde recibí un nuevo golpe; encontré á Santiago, á Magdalena y al abate Dominis arrodillados al pie de una cruz de madera, plantada al extremo de un pedazo de tierra que había sido comprendido dentro del recinto cuando se construyó la cerca y que ni el conde ni la condesa habían querido derribar. Salté del carruaje y me dirigí hacia ellos con el rostro lleno de lágrimas, con el corazón desgarrado por el espectáculo de aquellos dos niños y aquel anciano sacerdote implorando la misericordia de Dios. El viejo pica-dor estaba á poca distancia con la cabeza descubierta.

—¿Y bien, señor?—pregunté al abate besando en la frente á Santiago y á Magdalena, que sin dejar de rezar me dirigieron una mirada fría.

El abate se levantó, me asió á su brazo para apoyarme en él y le dije:

—¿Vive todavía?

El sacerdote inclinó la cabeza con un movimiento triste y dulce.

—¡Hable usted, se lo suplico en nombre de la pasión de Nuestro Señor! ¿Por qué reza al pie de la cruz? ¿Por qué está aquí y no á su lado? ¿Por qué sus hijos están fuera en una mañana tan fría? Dígamelo todo, á fin de que por ignorancia no cause una desgracia.

—Hace algunos días que la condesa no quiere ver á sus hijos sino á horas determinadas—respondió el abate después de un momento de silencio;—pero, señor, creo que debería usted esperar algunas horas antes de ver á la señora de Mortsaufr: está muy cambiada; es conveniente prepararla para esta entrevista, porque podría aumentar sus sufrimientos... En cuanto á la muerte, sería para ella un beneficio.

Estreché la mano á aquel hombre divino, cuya mirada y voz acariciaban mis heridas sin aliviarlas.

—Rezábamos por ella—repuso,—pues tan santa y resignada á morir como se ha mostrado siempre, hace algunos días que siente por la muerte un horror secreto, y dirige á los que están llenos de vida miradas en que por vez primera se pintan sentimientos sombríos y envidiosos. Yo creo que sus vértigos son excitados, no tanto por el temor á la muerte, como por una embriaguez interior, por las flores marchitas de su juventud que fermentan estremeciéndose. Sí, el ángel malo disputa al cielo esa hermosa alma. La señora sufre su lucha en el monte de los Olivos y acompaña con sus lágrimas la caída de las rosas blancas que coronaban su frente de Jephthé desposada. Espere usted, no se presente todavía;